

Teoría de las Inteligencias múltiples

H. Gardner (Scranton, EE.UU., 1943), psicólogo y profesor de la Universidad de Harvard, postula que la inteligencia no es una destreza unidimensional, susceptible de ser medida de forma global por los test de inteligencia y cuantificable sin más mediante el indicador llamado cociente intelectual. Fueron sus trabajos empíricos con niños normales y superdotados, por una parte, y con pacientes con daño cerebral, por otro, los que lo convencieron de que la inteligencia es una capacidad mucho más plástica y polivalente, que se adapta en su modo de funcionamiento a los diversos ambientes en que se ve inmersa y a las distintas tareas que ha de afrontar. De ahí que Gardner siempre haya hablado de ella en plural, llegando a distinguir hasta nueve modalidades diferentes de inteligencia (tras añadir dos al listado inicialmente ofrecido en su obra de 1983, *Estructuras de la mente*): lingüística, lógico-matemática, corporal y cinética, visual y espacial, musical, interpersonal, intrapersonal, naturalista y existencial o filosófica. Y aunque hay una labor cooperativa entre todas ellas, se desarrollan con cierta independencia. Esto significa que los individuos pueden mostrar un nivel elevado de desarrollo intelectual en algunas facetas y, sin embargo, un nivel mucho menor en otras. También las diferentes culturas y los diferentes *estratos sociales* (véase Bernstein y Bordieu), al igual que las diversas etapas de maduración personal, pueden incidir en una mayor potenciación de una habilidad intelectual u otra.

La consecuencia directa de esta teoría ha sido la necesidad de diversificar las estrategias educativas en función del tipo de desarrollo cognitivo que se quiera favorecer en cada caso. A lo largo de más de veinte años, en diversos programas de investigación como el celebrado Proyecto Zero, en libros como *La mente no escolarizada* o *La mente disciplinada*, Gardner ha venido profundizando en los mecanismos del aprendizaje y sus ideas han ayudado de manera notable a revisar los principios estandarizados de enseñanza y evaluación a favor de otros más personalizados.

Trabajos como los de Gardner constituyen, sin duda, una sugestiva aportación en un momento en que la reflexión sobre los profundos cambios que han de experimentar los modelos educativos para responder a los retos del presente resulta tan necesaria. Una concepción estrecha del proceso de la formación intelectual, contaminada por el lenguaje economicista de la rentabilidad, y una insistente mentalidad de nuevo rico en buena parte de la pedagogía contemporánea, que ha disimulado su apoyo acrítico a estas recetas tras un aire de científicidad, han contribuido perniciosamente al verdadero recorte que hoy sufre el ámbito de la enseñanza: el del sentido y la importancia decisiva de su tarea. Es precisa una crítica de las falsas promesas de excelencia educativa de este ideario. Como recordaba no hace mucho Martha Nussbaum, una mera educación para el empleo, la buena renta y la prosperidad económica no es una educación para la buena vida. Esta concepción sigue apegada en el fondo a viejos modelos de desarrollo, que descuidan el cultivo de cualidades esenciales para la forja de individuos ilustrados, capaces de argumentar críticamente y contribuir a la mejora de la vida democrática.

En ese sentido, resulta especialmente oportuna la dedicación de Gardner al problema de la enseñanza de las virtudes en el siglo XXI en su libro más reciente (*Verdad, belleza y bondad reformuladas*. Publicación: 2011), en el cual nos muestra cómo se forma el sentido infantil de lo verdadero, lo bueno o lo estéticamente placentero, y en sostener cómo un aprendizaje bien orientado, que no se ve clausurado por el prejuicio piagetiano de que la cima cognitiva se alcanza a edad relativamente temprana, será

capaz de disponer a los individuos a un amplio desarrollo del “pensamiento posformal”, en cuyas últimas fases pueden establecerse con mayor firmeza las verdades, individualizarse de manera más efectiva las experiencias de la belleza y desempeñarse las tareas con mayor sentido ético. Precisamente porque ni la biología ni la economía aportan casi nunca la descripción definitiva de las acciones, decisiones y pensamientos humanos, nos recuerda Gardner, es por lo que debemos atender con especial cuidado a esos otros aspectos que mejor reflejan la flexibilidad y riqueza de nuestra condición, donde se localizan las cuestiones más desconcertantes de nuestra existencia, pero también las más fundamentales. De este modo, el enfoque de Gardner subraya la idea de que el buen trabajo no es, sin más, aquél que resulta técnicamente excelente, sino el que tiene sentido para quienes lo realizan y se lleva a cabo con un compromiso ético de responsabilidad social.

Las inteligencias múltiples

A partir de multitud de fuentes de información, Gardner identifica siete inteligencias:

lingüística
Capacidad para manejar el lenguaje y aprender a través de la palabra, para expresarse y comprender
Lógico-matemática
Capacidad para estructurar desde la coherencia, para inferir, deducir, sacar consecuencias de premisas, argumentar, aplicar fórmulas para resolución de problemas
Espacial
Capacidad para situar las cosas en el espacio y en el tiempo.
Musical
Capacidad para utilizar materiales musicales, para imaginar ritmos, melodías y sonidos armonizados
Cinético-corporal
Capacidad para resolver problemas o para elaborar productos empleando el cuerpo o partes del mismo.
Interpersonal
Capacidad para entender a las otras personas, lo que les motiva y cómo trabajan.
Intrapersonal
Capacidad para formarse un modelo ajustado y verídico de sí mismo y para ser capaz de usarlo para desenvolverse eficazmente en la vida.

Actualmente se han añadido la inteligencia naturalista, la filosófica y la trascendente.

Gardner sugiere que en cada persona se combinan de manera distinta y en distinta medida cada una de las inteligencias, lo que hace que todas las personas tengamos un perfil particular de inteligencia y que afrontamos y resolvamos los problemas de manera diferente.

Esta teoría se resume en cuatro puntos:

- Cada persona posee varios tipos de inteligencias. Dependiendo de diversos factores como son la educación, la familia, la cultura y el entorno en el que vive.
- La mayoría de las personas puede desarrollar cada una de las inteligencias en un adecuado nivel de competencia.
- Las inteligencias funcionan habitualmente juntas, de manera compleja, para solucionar problemas y conseguir sus objetivos personales y sociales.
- Hay muchas maneras de ser inteligente dentro de cada categoría y no existe ningún conjunto estandarizado de condiciones que una persona deba reunir para ser considerada inteligente en un área específica.

El modelo de evaluación de las inteligencias múltiples supone una alternativa a la evaluación psicométrica y sirve para diseñar un perfil de desarrollo más personalizado. Las características de esta evaluación son:

- El maestro evalúa a través de las tareas que se desarrollan dentro del aula y que son atractivas para los niños que están en el mismo contexto de enseñanza-aprendizaje.
- Destaca más el proceso de evaluación que no el producto. La evaluación es un procedimiento de obtención de información sobre las habilidades y potencialidades de los alumnos con la finalidad de dar una respuesta útil a los individuos evaluados, pudiendo individualizar la instrucción para optimizar potencialidades.
- La evaluación es una parte más del proceso de enseñanza-aprendizaje. Forma parte del entorno natural del aprendizaje en lugar de imponerse externamente y en momentos inoportunos del curso. La evaluación de las habilidades, los conocimientos, los hábitos de estudio, las actitudes...se produce dentro del aula mientras los alumnos aprenden los contenidos curriculares.
- Los materiales, las situaciones que se crean para evaluar el desarrollo cognitivo se parecen a las condiciones de trabajo reales con la posibilidad de que sean motivadores para el alumno, por tanto, es posible hacer mejores predicciones sobre los puntos fuertes y débiles del alumno.
- Los instrumentos de evaluación de cada inteligencia son las actividades que el niño va realizando dentro del aula y permiten que el maestro observe directamente el proceso. El portafolio es un buen instrumento que puede contener información referida a los protocolos de observación del profesor, las evaluaciones de los padres, los estilos de trabajo y la autoevaluación de los alumnos. El portafolio es un retrato evolutivo del proceso de aprendizaje del alumno.